

Gp. E. 18/5

ORACIÓN FÚNEBRE

DE

D. ÁLVARO DE NAVIA-OSORIO Y VIGIL

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

Pronunciada en la Basílica de Atocha de Madrid en 19 de Diciembre de 1884

CON MOTIVO DE LA SOLEMNIDAD DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

POR EL

Ilmo. Sr. D. Fr. TOMÁS CÁMARA Y CASTRO

OBISPO DE TRANÓPOLIS



MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, 7, bis.

1885



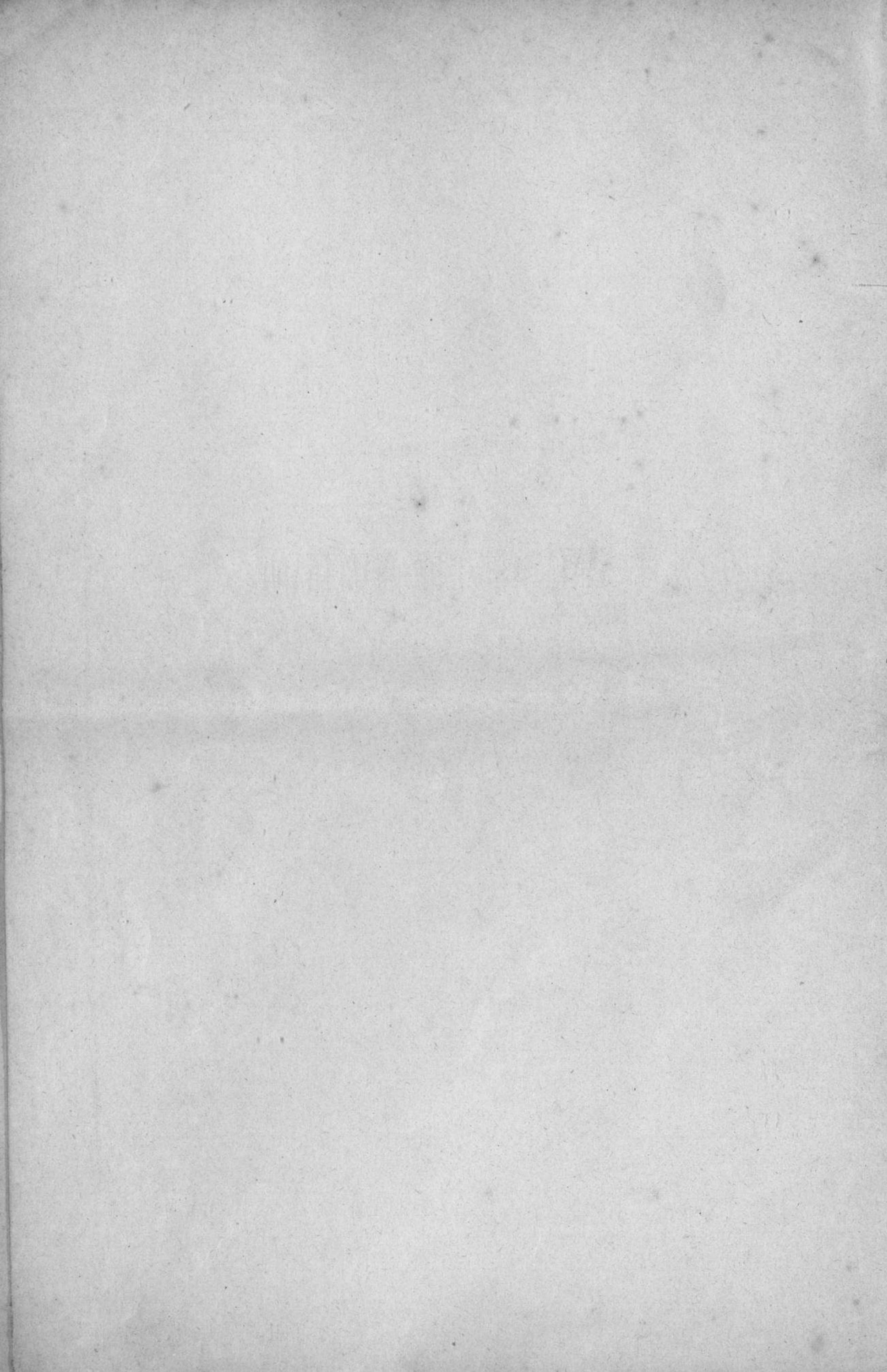
ORACIÓN FÚNEBRE

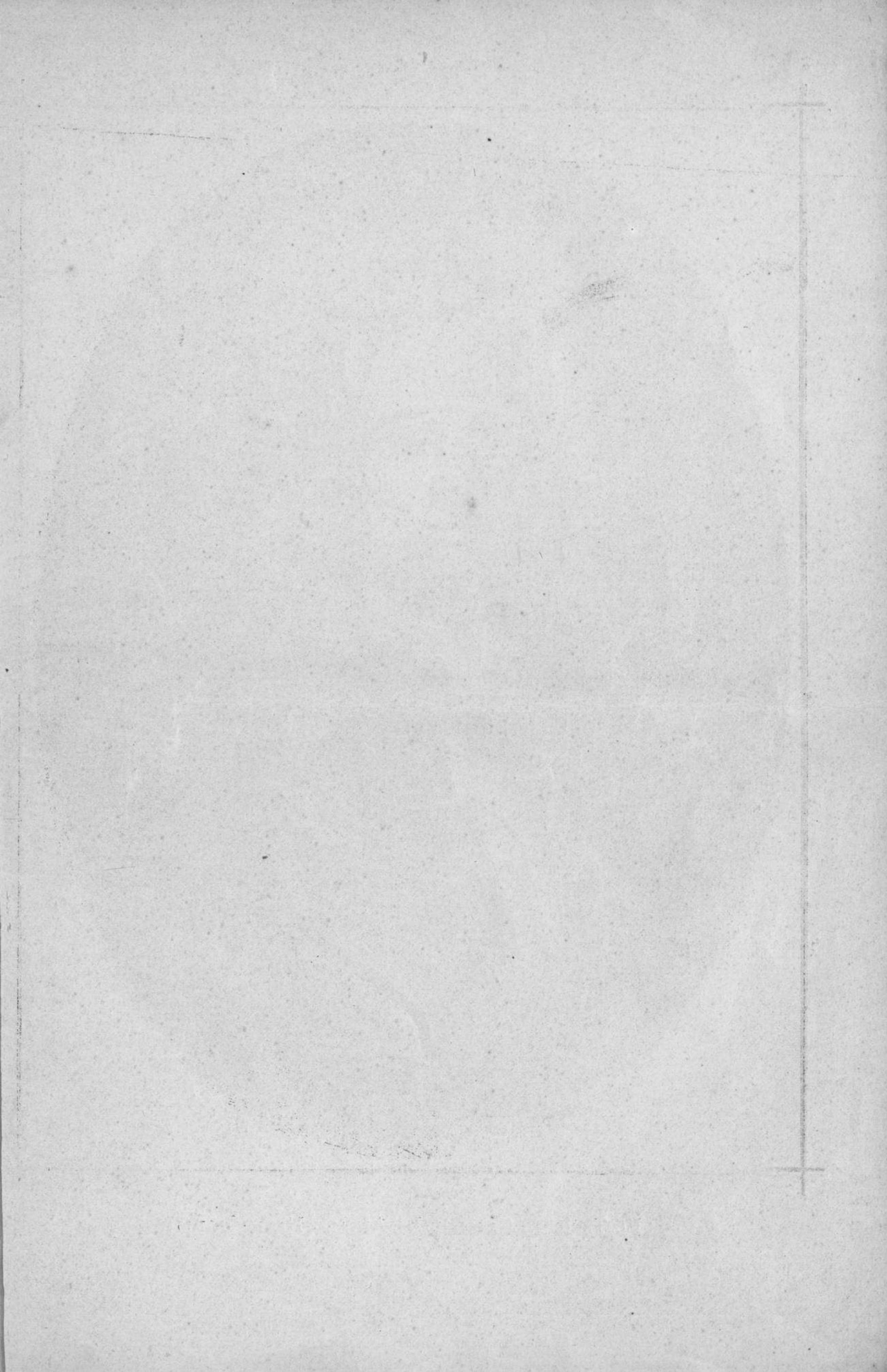
DEL

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

A-1881370706

Q. 2145







EL TENIENTE GENERAL D. ALVARO NAVIA-OSORIO  
*Marqués de Santa Cruz de Marcenado y Vizconde de Puerto.*

# ORACIÓN FÚNEBRE

DE

## D. ÁLVARO DE NAVIA-OSORIO Y VIGIL

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

Pronunciada en la Basílica de Atocha de Madrid en 19 de Diciembre de 1884

CON MOTIVO DE LA SOLEMNIDAD DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

POR EL

Ilmo. Sr. D. Fr. TOMÁS CÁMARA Y CASTRO

OBISPO DE TRANÓPOLIS



MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, 7, bis.

1885



# ORACIÓN FÚNEBRE

DE

## D. ÁLVARO DE NAVIA-OSORIO Y VIGIL

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

---

*Tibi, Deus patrum nostrorum, confiteor; Teque laudo, quia sapientiam et fortitudinem dedisti mihi.*

(DANIELIS, CAP. II, VERS. 23 )

SEÑOR (1):

¡Cuánto va del mundo ilusorio de los sentidos á la región clarísima de la inteligencia!

Yo me acerqué al sepulcro reciente de un Prelado inolvidable, y al hallar la tierra removida, limpia la losa del oscuro tinte de los años, el pavor oprimía mi pecho, y aguzaba la vista para ver al través del mármol el desfigurado rostro de mi amigo. ¡Qué angustia! ¡Qué dolor! Y con el pensamiento absorto en la muerte, acerté á entrar en inmediato, espacioso claustro de antigua catedral gótica, cuajado también de ennegrecidos sepulcros de Obispos y caballeros fundadores. Nada más hallarme entre los haces de columnas y bellas ojivas, respiré con desahogo; mis ojos se fijaron en el sueño apacible esculpido en las estatuas yacentes, leí por alto las inscripciones, recordé nombres y hechos gloriosos... y sin encontrar rastro alguno de duelo, allí donde era todo tumbas y epitafios, me sentí transportado á la morada de la vida y la alegría. La triste memoria de mi amigo se me había borrado.

(1) Asistía la Corte, presidida por el Rey.

¡Ah! El recuerdo de una persona de mérito recientemente perdida, no puede asaltar á nuestra imaginación sin acongojar el espíritu y regar nuestras mejillas siquiera de alguna mal reprimida lágrima, tanto más cuanto los vínculos de la sangre ó la amistad nos unan al malogrado personaje. La fantasía y los sentidos se hallan entonces vivamente impresionados por la desgracia, y el ojo compara la antigua hermosura con la presente palidez, y el oído recuerda dulces palabras apagadas en el vacío del silencio, y la mano palpa... pero la frialdad de la muerte.

Nos entristecemos muchas veces, ¿por qué? Porque ya no nos deleita la presencia corporal de nuestro amado: lloramos al hombre exterior que ha desaparecido de la escena de la vida.

Pero pasa el tiempo, carcoma de todo lo deleznable, y la figura exterior del héroe se reduce á polvo; permanece sólo la grandeza de su espíritu inmortal, el renombre de su inmarcesible gloria: y ¡cuán diferente es el lenguaje que entonces nos habla, las impresiones que nos comunica! Es como primorosa talla que divino cincel labró, cuando se el despoja de superfluas y afeadoras vestiduras, que la ignorancia y el mal gusto le habían añadido. Oímos los nombres inmortales de nuestra historia, y en vez de afligir el ánimo, se dilata el pecho; en vez de lágrimas, el baño de la alegría embellece nuestro rostro.

¿Qué sensación, católicos, os ha producido la memoria resucitada del héroe que aclamamos?

No me lo digáis, que hartos lo veo dibujado en vuestro complacido semblante, hartos lo adivino en los saltos de mi corazón, todo emocionado por el esplendor de esta solemnidad, todo enorgullecido por ver esmaltada una gloria más de la religión y de la patria.

Comprendo vuestro regocijo; pero ¿qué os habéis propuesto al llamar á la puerta de esta Basílica, y pedir nuestra ayuda y cooperación en la fiesta del centenario de quien si en verdad ciñe laureles, mas todavía no la aureola de la santidad? ¿Y no habéis vacilado en vuestros propios deseos, en el encargo que habíais de confiarme? La oración del Marqués de Santa Cruz de Marcenado...

La Iglesia, es cierto, entendiendo admirablemente que las prendas todas que cautivan nuestros ojos, pero no los de Dios, son más bien deudas que satisfacer, no merecimientos que coronar; mientras no declare heroica á la virtud, la priva de veneración religiosa; y sólo ofrece por ella la Víctima de los altares en manera de expiación y súplica. Mas si no niega su discreto elogio á los que duermen el sueño de la muerte en el ósculo de la paz, esperando de la misericordia divina que serán salvos; no lo niega en tiempo en que la loa es más sospechosa; ahora, cuando depurada por el tamiz de los años, sin otro juez que el severo de la historia, aparece la figura del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, esplendorosa y ra-

dante; ¿le regatearemos merecidas alabanzas? Tanto más, cristianos, que vosotros habéis estimado perfectamente que no puede celebrarse solemnidad alguna sin la invocación del cielo, y os veis libres de la influencia del espíritu tenebroso, plagiarlo y remedador del ángel de la verdad, que anhela derrocar los héroes de la virtud para entronizar los aclamados por el mundo. Y habéis resuelto en vuestro programa de la fiesta: ante todo honremos la fe que animó al caudillo que celebramos, la esperanza consoladora en cuyos brazos reclinó su cabeza moribunda. Su esclarecido talento, la nobleza de su alcurnia, su fortaleza invencible, le vino de lo alto, del Padre de las lumbres, de donde procede todo dón: bendigamos al Señor que tan copiosamente derramó las gracias sobre su privilegiada criatura.

Lo propio que el agradecido corazón de nuestro héroe repetirá, á no dudarlo, desde su morada de paz: *A ti, Señor, confieso, á ti alabo reconocido, puesto que me adornaste con las inestimables dotes de la sabiduría y la fortaleza. Tibi, Deus P. P. nostrorum, confiteor, teque laudo, quia sapientiam et fortitudinem dedisti mihi.*

Y con cuán sobrado fundamento lo diga y cante, cúpleme á mí evidenciarlo en este día.

Mas á la honra que me dispensáis escuchándome, añadid, Señor, vuestra larga indulgencia; y que, como hermanos en la fe, todos mis oyentes imploren conmigo de la piedad divina luces y acierto para el feliz desempeño de mi asunto; yo espero alcanzarlo, si encarecidamente se lo suplicamos mediante la intercesión de la esclarecida Virgen de Atocha.

Saludémosla, pues, con el Arcángel.—AVE MARÍA.

(TEMA UT SUPRA.)

SEÑOR:

Que las obras de la creación todas son admirables, no es menester ser filósofo ponderador para descubrirlo y reconocerlo: desde el impalpable musgo que tapiza la dura piedra, hasta la airosa palma acariciada de los vientos; desde el insecto vil rodado por el suelo, hasta el águila señora de las alturas, no son sino eslabones de la cadena de las maravillas creadas. Y la chispa de luz que brilla en nuestra frente, y se pliega y recoge para pensar en el átomo, se extiende y dilata para tomar idea de lo infinito, ¿qué es sino maravilla más grande?

Pero si Dios ha desplegado en todas las criaturas la riqueza de su poder, es también indudable que reserva algunas de sus obras para abundante argumento de su magnificencia y bondad incomparables, ya que lo común y ordinario, por estupendo que sea, no despierta la atención de

las gentes. De ahí el destello divino que descubrimos en los genios, y la superioridad y grandeza de las almas privilegiadas, levantadas del nivel señalado á cada especie en la armonía y concierto del mundo, á vista de las cuales nos empequeñecemos y les tributamos el homenaje de nuestra veneración y asombro.

Mirad la figura sobresaliente y sombra augusta del heroico Marqués de Santa Cruz de Marcenado: yo la veo tan alzada de lo común de los hombres, dotada de prendas tan excelentes, que una sola cabal admiro cómo tuvo cabida en su alma, y que varias, tan eminentes y grandes, me espanta no se excluyeran, ántes se hermanaran en su pecho, anchuroso y noble á la cuenta sobre toda ponderación. ¿Qué designios concebiría en él la Providencia?...

D. Alvaro José de Navia-Osorio y Vigil, hoy hace dos siglos vió la luz primera en la aldea de Veiga, que, por lo pintoresca y deliciosa, le brindaba á dedicarle los últimos suspiros del cariño, como le ofreció los inocentes anhelos de su infancia. Mas, aunque hermosa y encantadora, era reducida para el espíritu generoso de D. Alvaro. Brillaron el juicio y la reflexión, precozmente sin duda, en la conciencia del noble joven; quien se halló acariciado por la fortuna, servido cariñosamente de leales, heredero del Señorío de Navia, la Vizcondía de Puerto y el Marquesado de su nombre; y cuando, de ser mezquino su pensamiento, estuviera bien pagado de ventura tanta, vislumbró el esplendor de otra nobleza más brillante, y no se dió punto de reposo hasta hermostear con ella su ánimo. Comprendió que podría heredar la nobleza de la estirpe, y no era sino prestado merecimiento; pero que el esmalte de la ciencia lo había de alcanzar por sí mismo, y en ello se encerraba el gran mérito del lauro. Alguien pensará ya que, prometiendo fidelidad á la ciencia D. Alvaro, se aprovechara de su fortuna, para en sosegado puerto solazarse con lecturas amenas... Su ilustre cuna, las vicisitudes de la patria le llamaron á abandonar la dulce calma de las aulas de filosofía que frecuentaba en Oviedo, y respondió el Marqués con la generosidad y ardimiento propios de su bella índole. El principado de Asturias, Señor, se halló del lado del Príncipe animoso, fundador de vuestra dinastía (que con sus esfuerzos y el cariño del pueblo castellano, había de ser Rey de las Españas); y á la temprana edad de diez y ocho años fué nombrado D. Alvaro Maestre de campo de las tropas aprestadas por aquel ardoroso país, grado equivalente al de nuestros Coroneles de regimiento. Y ya, en la carrera deslumbradora que decía Balmes, había de encontrar su gloria imperecedera. Testigos fueron de su intrepidez y arrojo, como de su pericia y alcances, Galicia primero y Ciudad Rodrigo, el reino de Valencia, los muros de Tortosa, Sicilia después y Cerdeña, para que salvara su fama las fronteras de España y se extendiera ufana por más anchos ámbitos del mundo.

Donde quiera que se hallaba, escribe un biógrafo, era la admiración universal, por ver en un Oficial joven la destreza y pericia del Jefe veterano.

Llamó sobre todo la atención del Conde de Montemar, y le encomendaba las operaciones difíciles y arriesgadas.

Con el mando ya de Mariscal de Campo á los treinta y seis años, y al frente de las operaciones de Cerdeña, dió tales muestras de inteligencia y acierto, que el Gobierno le confió delicadísimo encargo en la corte de Turín. Creíamos hasta ahora que su estancia en la corte de Cerdeña era en calidad de representante y ministro de España; pero se acaba de descubrir que si bien anduvo en negociaciones de parte de nuestro Monarca, deteníale en Turín la condición de rehén por una pieza de artillería en cuestión con aquel Gobierno. Pero esta detención y como cautividad será semejante á la cautividad de la semilla presa en la tierra, la cual se desarrolla en oscura cárcel á su holgura, para brotar mañana en delicada flor y fruto sazonado. Entonces fué cuando soltó las riendas á sus aficiones científicas, comenzando por ennoblecer su carrera con valiosos escritos, y trocó su casa en Academia de sabios, excitando á los nobles, mayormente jóvenes, á realzar sus facultades con el lustre de la ciencia. Y con el ejemplo de los académicos de Turín, invitó á sus compatriotas á la composición de un Diccionario de los Diccionarios conocidos, y consagró desde luego su pluma para la labor literaria, y su fortuna para los indispensables gastos. Y pues pensamiento igual dió margen á poco á nuestra Real Academia de la Historia, de ahí que algunos le honren con el título de *fundador* de ella, otros con el de iniciador de la idea que la creó. Los españoles no correspondieron debidamente al llamamiento; pero el Marqués tampoco desistió de su estudio y las reuniones académicas. Si la emulación y la rivalidad quizás le acusan por ellas de sospechoso y desleal cerca del Rey Victor Amadeo II, el mismo Rey depurará la verdad, y encontrará en el ministro español un amigo discreto y fidelísimo, á quien confiar aun los secretos de su familia y casa.

Y España, su madre patria, no había de escasearle el cariño y confianza, cada vez más crecientes; en prueba de ello, le envió Felipe V las credenciales de representante de la monarquía para el Congreso de Soissons, destinado á resolver los problemas políticos de Europa. Excusado es decir que se captó la benevolencia y simpatía de los vocales, no menos que las alabanzas de su Monarca por la discreción y pulso allí manifestados. Disuelto el Congreso, el célebre diplomático representó á España en la capital de Francia. Y de nuevo anudó sus tareas literarias, y discurría ingenioso en invenciones de armas y maniobras, de que á la larga y con aplauso hablan los historiadores del arte de la guerra; y sobre todo sacó á luz el undécimo y último tomo de su erudita obra, publicada en Turín, é intitulada *Reflexiones Militares*.

Señor: en vuestra presencia, en presencia también, con la venia de V. M., de ilustres Generales cuya ciencia han apreciado extrañas naciones, no me toca á mí hablar del mérito de tan renombrada producción. Públicos son ya los elogios que los extranjeros dedicaron há tiempo á su autor afamado, y para mi propósito los reuniré en el dicho de dos entendidos capitanes: «Al Marqués de Santa Cruz de Marcenado, escribe Pasarón y Lastra, se le puede considerar, por sus *Reflexiones Militares*, como á Príncipe entre los escritores militares de España, y á ninguno segundo de las demás naciones (1).» Y cuadro más acabado forma de su figura Menendez Valdés, diciendo: «Fué honra de Asturias, y gloria de esta corona: su política, prudencia, valor y talentos le colocaron entre los mayores héroes de su tiempo; y sus *Reflexiones Militares* eternizaron su memoria: sujeto, en fin, adornado de todas virtudes, querido de la tropa, alabado de los extranjeros, y nunca bastantemente llorado de los españoles (2).»

Sabido es que Federico II de Prusia, el batallador ingenioso, le consideraba como á su maestro, teniendo las *Reflexiones* de continuo sobre la mesa de estudio; y harto famosa se ha hecho recientemente la anécdota sobre la entrevista del conde de Colomera con aquel Monarca, en que el General le preguntaba por el secreto de sus triunfos, y el Rey contestaba que los había aprendido en España, ó sea en las obras de un español eminente, Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Mas si yo no puedo ser juez competente del valor de una obra extraña á mi profesión, grato en extremo me ha sido advertir que el gran escritor y sagaz diplomático había alcanzado la sabiduría cabal, aquella que el Espíritu Santo llamó *sal de la tierra*, y Bacón confirmadora de las creencias religiosas; no como la pedantería orgullosa, que consigo se basta. Admirad ¡oh fieles! la fe, las reflexiones cristianas de que, como de perlas, está esmaltada una obra técnica de militares.

«*Disposiciones del General para la batalla.*—La más necesaria prevención para una batalla, es implorar con humilde fe el divino auxilio, reconociendo en la Majestad Suprema el atributo que tantas veces tomó, de *Dios de los Ejércitos*, y procura que, á tu ejemplo, hagan las tropas la misma diligencia, de lo cual infinitamente más que de las humanas, deben todos prometerse la felicidad de los sucesos y esperar un sobrenatural inspirado valor en premio de la virtud, ó temer la cobardía en castigo de la indevoción; fuera de que el soldado que lleva descargada su conciencia, recela ménos aventurar su vida (3).»

«A las oraciones han de añadirse las diligencias humanas, y cumpli-

(1) En su *Milicia y Organización*.

(2) *Avisos hist.*, libro II cap. V, fol. 168.

(3) *Reflexiones Militares*, lib. XI, cap. XXI.

miento de las reglas del arte; pues también sería presunción de tu virtud que todo se te amañase por milagro (1).»

En el capítulo intitulado: *Ventajas que para lo temporal resultan de la recta conciencia del Comandante*, escribe: «De una vida virtuosa no sólo tendrás el sabido premio de una eterna recompensa, sino también el terreno logro de que tus súbditos y tus émulos, creyéndote auxiliado de superior mano, estarán más prontos á obedecerte y más remisos á calumniarte (2).»

Y pasará en silencio sus largos párrafos sobre la guerra en defensa de la religión y del inocente desvalido; porque hartos conocéis su fe y piadosas creencias. Me arrebató la atención el encarecimiento con que aconseja al Príncipe que en toda guerra tenga de su parte á la religión, é interese al Pontificado; y por si esto, que es regla de prudencia, algún malicioso lo interpretara de maquiavelismo, son de ponderar bien estas sus textuales palabras:

«No quisiera pensaras que intento persuadirte á que de la piedad basta la sombra; pues contra esta máxima de un impío escritor, que de las virtudes se contenta con la exterioridad y de las culpas no extraña la intrínseca posesión, contra este dictamen, vuelvo á decir, nos enseña mejor Maestro que ningún disimulo humano puede librarnos del juicio divino (3).»

Por último, síntesis admirable de su pensamiento son las siguientes frases, que debieran grabarse en oro, como base de la disciplina militar.— «Decía Belisario que no debían tenerse en los ejércitos hombres malvados, aunque fueran valerosos; porque la valentía desacompañada de la justicia y del temor de Dios, aprovechaba poco. Preguntando á Cristo algunos de los soldados lo que debían hacer, respondió: *Neminem concutiatis, neque calumniam faciatis, et contenti stote stipendiis vestris:*» Cuidado con atropellar á nadie, ni calumniarle, y contentáos con vuestros estipendios. Hasta aquí el egregio Marqués de Santa Cruz de Marcenado, en sus *Reflexiones Militares*.

Y os ocurrirá, por ventura, preguntar: ¿en qué escuela, dónde se formó el Príncipe de los escritores militares españoles?—¿En qué escuela? En la escuela sola de su ingenio y su laboriosidad, entre las fatigas de la guerra y el despacho de los delicados negocios confiados á su lealtad y cordura.

¿Y la fe ardorosa, moral tan sana, las máximas de sabiduría divina? ¡Ah, católicos! Fuera, por desgracia, el Marqués un noble, olvidado de la virtud de sus antepasados, reclinado en la almohada de la indolencia y la molicie, y entonces acaso cubriría la miseria de su vivir con el desecho

(1) Lib. XI, cap. XXI.

(2) Cap. IV, lib. I.

(3) Lib. I, cap. XX y XXI.

manto de la impiedad. Fuera hombre con las someras formas de educación que da el ayo, sin cultivo de la inteligencia, ni las lecciones de la historia y la filosofía, y también acaso tuviera fatuas sonrisas para la fe de sus mayores. Picara aun de aficionado al estudio, pero con el hipo de pasar por sabio, ó sin capacidad para digerir la ciencia, de suerte que no se alzara del nivel de los pedantes; y acaso también supiera de memoria alguna chafaldita con que mofarse de nuestra religión sacrosanta. Pero el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, el ilustre hijo de la cristiana Asturias, más noble de espíritu que de la sangre, gigante en el saber, predestinado para mártir de la patria... alma tan grande no podía menos de ser profundamente religiosa.

¿Me oponéis que debió mucho á la influencia de su época? No lo dudo, pero á la vez dejadme exclamar á mí: ¡Bienaventurados los tiempos que contribuyen á engrandecer y sublimar á los hombres! ¡Desdichada de la época que detiene los vuelos del espíritu y apaga los delicados sentimientos de la conciencia!

Si tanto os cautivan las prendas del héroe celebrado, permitidme ya añadir dos palabras sobre la característica y más bella dote de su profesión nobilísima, quiero decir, del valor y generosidad, de su fortaleza heroica.

¿No os maravilla un diplomático sagaz, sabio consumado y á la par valiente hasta el heroísmo?

A lo que yo entiendo, el habil diplomático no ha de ser pródigo ni siquiera en palabras; es todo juicio, cálculo y frialdad su corazón y entendimiento; por lo que, el alerta perpetuo en que vive para no ser traicionado por su propia boca ó la mirada de sus ojos, reconcentra las fuerzas en lo interior y desarrolla sobre modo el instinto de conservación de la vida. ¿Cómo ha de dar ese hombre, prudente y mesurado, en las aventuras del arrojo?

Y si sobre diplomático es además sabio, aún se ocurre nueva reflexión. Quien añade ciencia, añade fatiga y dolor, dice el libro del Eclesiastés.

Y bien se alcanza que el conocimiento de los riesgos y peligros, de que siempre se hallan erizadas las empresas altas, detiene en sus pasos al hombre previsor, y que es menester mil veces una venda en los ojos, para arrojarse intrépido al capricho de la suerte. De ahí que el joven, á quien los vapores de la sangre hirviente anublan el juicio, es por lo común más valiente y arriesgado que el veterano sesudo. Pues el gran Marqués, privilegiado en los achaques de los mortales, á la serenidad de su juicio y al saber admirable de su entendimiento, añadía un corazón generoso y esforzado hasta el heroísmo. Si sus lauros, adquiridos en el campo de batalla, no fueran de ello sobrado testimonio, y las plazas de Egea y Tortosa enmudecieran; si Cerdeña y Sicilia callaran tanta hazaña,

lo proclamaría muy alto el castillo de Jaca, salvado por el esfuerzo de su brazo. El socorro y salvación del castillo de Jaca, según el Marqués de San Felipe, se debió al valor y atrevimiento del Vizconde del Puerto, con el cual título era conocido en las campañas; porque habiendo hallado las tropas alto el río Javierre y defendida la contraria ribera, fué el primero que entró en él, con el agua á más de la cintura, siguiendo luego su heroico ejemplo otros Coroneles y las demás tropas vencedoras (1). Y si aún Jaca olvidara el rasgo de fortaleza del Vizconde, le repetiría más alto Orán, que sintió latir su pecho ensangrentado, que recogió sus últimos suspiros, ofrecidos al amor de su patria. Orán, cuyo nombre enardece nuestra sangre recordando el pensamiento del gran Cisneros; Orán, punto suspensivo en la interrumpida triunfal historia de España; Orán había de ser regada con la sangre nobilísima del Marqués de Santa Cruz de Marcenado. ¡Oh! Si la sangre de otros mártires de la patria se hubiera derramado allí tan frecuentemente como en países dilatados por donde extendimos tanto, tanto, los brazos y el poder... mas ¿quién sabe? si en la sucesión de los siglos las cosas caerán por su peso... ¡á no ser que pese más sobre la frente de la raza africana la maldición de Caín, y sus ojos no puedan gozar la luz que nos alumbra!

Era el 1732, cuando en la expedición á África del Conde de Montemar, las tropas españolas se hicieron dueñas de la codiciada ciudad de la Argelia. El Marqués de Santa Cruz, llamado á ser ministro de la Guerra, mas por extraña influencia gobernador solo de Ceuta á la sazón, había intervenido en los preparativos de la campaña; y ascendido á Teniente General, luego de volverse á la Península el ejército expedicionario, quedaba de Gobernador de Orán. «Necesarias eran todas las dotes de hombre tan eminente, escribe el Conde de Clonard, para sostener aquella conquista.» Y la sostenía contra los ataques vigorosos de argelinos y moros, y aun quiso derrotar al enemigo en sus propias trincheras, haciendo una salida de Orán bien ordenada. La victoria resonaba en los labios de los españoles, que seguían á la fugitiva morisma. Mas de súbito, rehechos al pié de un barranco los moros, lanzaron la caballería sobre las descuidadas y rotas filas nuestras; y allí hubiera sucumbido la guarnición de Orán, allí entregadas las llaves de la plaza, el estandarte de la patria, si el animoso General, invocando á su *Dios de los ejércitos*, no se arrojara con alguna tropa de refuerzo sobre el golpe avasallador del enemigo. La victoria, por fin, coronó los esfuerzos de los valientes; pero no teniendo la tierra laurel con que premiar el heroísmo del General, al ver su generosa sangre derramada, en lo recio de la refriega le arrebató el cielo, morada reservada para los héroes. ¡Merecida gloria! ¡Digno remate de un vivir precioso!

(1) Véanse las *Memorias históricas del Principado de Asturias*, por D. Carlos González Posada, tomo I.

Hé ahí la arrogante figura del Vizconde del Puerto, tercer Marqués de Santa Cruz de Marcenado, coronada con el laurel de la sabiduría y la palma de la fortaleza, teñidos en su sangre nobilísima. ¡Alabanza y gloria á Dios, dador de todos los bienes! ¡Prez y honor también al héroe honrado por el cielo! ¡Y mientras no tengamos segura su bienaventuranza, una plegaria al Altísimo por el alivio y descanso perpetuo del gran Marqués!

Debo concluir, señores, y no acierto á desasirme de nombre tan simpático. ¡Qué impresión más grata, qué dejos tan sabrosos experimenta el alma con el trato y roce de los hombres eminentes! ¡Qué estímulo tan agudo para seguir sus luminosas huellas! Si yo le siento tan vivo, ¿qué sentiréis vosotros, los honrados con el uniforme y la espada, que tantas proezas y triunfos de la patria representan? Tal es la manera de celebrar á los héroes, imitando sus hazañas y virtudes, anhelando por mantener la hidalguía proverbial de nuestra nación, el pundonor sagrado por no marchitar los laureles y los trofeos obtenidos del enemigo, esas banderas, mejor ornato de esta Basílica, rendidas á los piés de la Patrona de las Españas!

¡Honor bendito de mi patria, gloria de nuestros ejércitos, que jamás padezca detrimento á los ojos de Dios ni á la vista y consideración de las naciones!

Señor: por este camino que hoy, á ejemplo de V. M., siguen vuestros Generales, bendiciendo á Dios en las fiestas y empresas de la patria, se llega á la cumbre de la gloria, la gloria que circunda á Fernando III el Santo y al invicto San Hermenegildo.

¿Qué resta, pundonorosos jefes? Yo no necesito apelar á vuestra dignidad y consecuencia, á la lógica en vuestra plausible conducta, ni invocar la augusta sombra del religioso Marqués, para en su nombre pedir que viva la fe de nuestros cristianos héroes, la honra inmaculada de España; y que las fiestas todas del Centenario, enlazadas armoniosamente con la piedad aquí manifestada, formen la trenza de oro con que coronemos la memoria del ilustre Marqués de Santa Cruz de Marcenado, el mártir de Orán.

¡Dios misericordioso, venerada Virgen de Atocha, escuchad nuestros ardientes votos!



5